

Medio	La Tercera
Fecha	14-10-2011
Mención	Columna de opinión de Angélica Bulnes, profesora de la Escuela de Periodismo. Se refiere al rol de la televisión en la sociedad y cómo llegó tarde a los conflictos sociales que hoy nos aquejan.

Lo que no se vio en el Japening

**Angélica
Bulnes**

Profesora de la
Escuela de
Periodismo UAH



DESDE QUE comenzó el movimiento estudiantil las críticas se han centrado en los políticos. Pero si bien puede que ellos sean los más responsables de la falta de confianza en las instituciones, no son los únicos. La existencia de empresarios que maximizan su ganancia a toda costa, intelectuales con conflictos de interés, profesores más preocupados de cuidar la pega que de hacerla, economistas que recién se dieron cuenta de que hay créditos abusivos, universidades que gastan más que nada en marketing y alumnos a los que no sólo cuando están en paro hay que rogarles que vayan a clases, todo demuestra que una parte significativa de la elite olvidó en qué país vive.

Los medios tienen una cuota no menor de culpa, sobre todo la televisión, que es el medio más masivo y la principal fuente de informaciones sobre Chile y el mundo para gran parte de la población. Pero aunque hoy algunos conductores parezcan

competir por quién está más de acuerdo con los estudiantes, los noticieros dediquen muchos minutos a cubrir las marchas, y hasta Guru Guru hable del lucro, a este tema la televisión llegó tarde y el movimiento estudiantil la dejó descolocada.

En la última década, la TV diversificó sus temas y fuentes, se puso menos estirada, más inclusiva y hasta más entretenida. En la pantalla, además, se denunciaron cosas relevantes, como el caso Karadima. Pero en esa misma década, los ejecutivos y los editores asumieron que las audiencias se habían “privatizado” y estaban concentradas en sus asuntos personales. Como el escenario era muy competitivo, no se podían correr muchos riesgos, y la televisión apostó a temas seguros. La delincuencia es uno, porque todos compartimos el temor a que nos asalten. También el sexo y el fútbol, que fueron ganando terreno en los noticieros y en las parrillas programáticas de los canales.

A quienes reclamaron por el empobrecimiento de los contenidos les res-

pondieron, rating en mano, que esas críticas eran elitistas o beatas, y que ya no se podía hacer televisión desde arriba. El argumento era que -a través del *people meter*, las encuestas y las redes sociales- las audiencias mandaban. Y a juzgar por lo que mostraban los canales, la conclusión era que a la gente joven le gustaba mucho el reggae-tón, poco y nada la política, y que una generación entera de mujeres soñaba con bailar la colita en cámara. Resultó, en cambio, que la líder juvenil del momento no quería ser modelo, sino cambiar el modelo; que los jóvenes también escuchaban a Violeta Parra y que los estudiantes están dispuestos a presionar hasta con huelgas de hambre para que las políticas públicas se hagan a su pinta.

Las marchas por la educación, contra HidroAysén o a favor de la diversidad sexual han venido a demostrar que mucha gente estaba ávida de espacios para hablar de los “asuntos públicos”, de cómo se hacen las leyes y cómo organizamos la sociedad, todos esos temas que supuestamente no interesaban mucho y que ahora suben el rating. A lo mejor, si la televisión les hubiera dado más cabida antes, hoy no los estaríamos discutiendo en la calle.

Tal vez si la TV les hubiera dado más cabida antes a los temas que hoy dominan la agenda, no los estaríamos discutiendo en la calle.
